This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

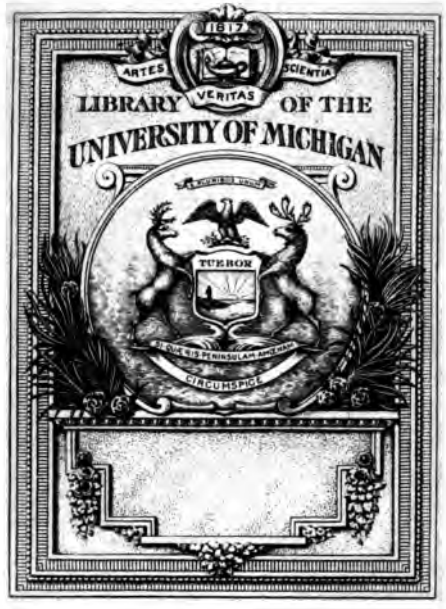
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

868
H896
fa

A 464782 DUPL




THE GIFT OF
Philip E. Bursley

*Una falta*

# UNA FALTA.

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR DON JOSE MARIA HUICI.

**Aprobado y puesto en escena en el Teatro Español.**

MADRID: 1850.

Imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez,
*calle de Hortaleza* núm. 67

## PERSONAGES.

EL CONDE DEL ARENAL.
CAROLINA, *su esposa.*
ELENA, *hija de ambos.*
FERNANDO.
EL MARQUES DEL CASTELLAR, *hermano de Carolina.*
EL DOCTOR SARMIENTO.
CORREA, *antiguo criado de la casa.*

*Criados y pages.*

La escena en Madrid, año 1726.

Este drama es propiedad de los *señores Gullon, Lujan y Franco*, editores de la coleccion de obras dramáticas, titulada EL TEATRO, los cuales perseguirán ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino sin su autorizacion, conforme á la *Ley de propiedad literaria* y Real decreto orgánico de Teatros de 7 de febrero de 1849.

AL DISTINGUIDO LITERATO

# D. PATRICIO DE LA ESCOSURA.

*Al dedicar á V. esta humilde obra, admítala V. amigo mio, como una muestra de gratitud y del cariño que á V. profesa*

José Maria Guici.

868
H896fa

Gift
Philip E. Burke
3-29-57

# ACTO PRIMERO.

*Sala adornada con lujo; puerta al fondo y laterales. Mesa con recado de escribir.*

## ESCENA PRIMERA.

CORREA *en escena y el* MARQUES *entrando.*

MARQUES. ¿Correa?
CORREA. ¿Señor marqués?
MARQUES. ¿Y el señor conde?
CORREA. Yo creo
que habrá salido de casa
MARQUES. ¿Tan temprano?
CORREA. Como el tiempo
es tan caluroso, sale
muy de mañana á paseo,
y pasa despues el dia
en casa; ó en su aposento
entregado á la lectura,
ó en las ciencias instruyendo
al señorito Fernando,

que aprende que es un portento.
Luego va á la habitacion
de la señora, y oyendo
á la señorita Elena
cantar, y sus lindos dedos
herir las cuerdas del harpa
en dulce acompañamiento,
enmedio de su familia
se olvida del mundo entero.

MARQUES. Sin duda es feliz.

CORREA. Y hoy mas:
hoy, señor marqués, que os vemos
despues de tan larga ausencia
en esta casa. No puedo
ponderar el regocijo
de mis señores...

MARQUES. Lo creo,
Correa.

CORREA. ¿Y el señorito?
Fue estremado su contento
cuando supo que veníais,
señor marqués. ¡Es tan bueno,
tan generoso! No en balde
le quieren con tanto estremo
mis señores. Sobre todo
la señorita. El sincero
cariño que se profesan
desde la infancia, al que tierno
corresponde don Fernando,
ha ido con la edad creciendo,
y confiámos que en breve
sabrá coronar el cielo.
¡Ah, qué dicha! Perdonad,
señor marqués, si me escedo
al contaros... Es tan grande
el amor que á ambos profeso...
y hablar mucho es propiedad,
bien lo sabeis, de los viejos.

MARQUES. No me pesa, buen Correa,
de oiros, y os agradezco
el interes que tomais
por Fernando.

CORREA. Y verdadero,
señor marqués, que Correa
jamas adula. Por eso
tan poco ha medrado. Entré
á servir, vaya, al abuelo
de Vuecencia—ya ha llovido
desde entonces—y me encuentro
despues de cuarenta y dos
años en el mismo empleo
que empecé; siempre lo mismo,
impertérrito sirviendo.
Y no me pesa: al contrario,
estoy, á fé, satisfecho;
y quiera Dios conservarme
la vida por mucho tiempo
para ver en esta casa
juguetones y traviesos,
hermosos como sus padres,
señor marqués, vuestros nietos.

MARQUES. ¿Y la señora?

CORREA. Es un ángel:
tan retirada... en esceso;
no quiere pisar la calle
ni ve á nadie. ¿Ir á paseo
ni á diversiones? Jamas,
que si quieres. Pasa el tiempo
en su cuarto entretenida
con labores de su sexo,
ó bien en sus devociones,
que es de santidad modelo,
ó con los dos señoritos...
Baja por breves momentos
al jardin, y solitaria
en el bosquecillo espeso
se oculta, ó riega sus flores,
que cultiva con esmero;
hasta que sube á encerrrarse
otra vez en su aposento;
haciendo la misma vida
de austeridad y sosiego
que puede hacer una monja
encerrada en su convento.

MARQUES. (Pobre hermana mia.) Id,
Correa, y mirad si ha vuelto
el señor conde.

CORREA. Voy, voy.
Con mi charla os entretengo
demasiado, sin pensar
que estoy faltando al respeto
que os es debido, señor
marqués. Perdoneis os ruego
á este vuestro fiel criado...

MARQUES. Sí, sí; andad.

CORREA. Voy al momento.
Mas aquí está el señor conde. (*Mirando adentro.*)

MARQUES. Bien... marchaos.

CORREA. Obedezco.

(*Saluda respetuosamente al marqués y al conde, que entra, y se va.*)

## ESCENA II.

EL MARQUES *y el* CONDE.

MARQUES. ¿Conde?

CONDE. Adios, querido hermano.

MARQUES. He preguntado por tí.

CONDE. Hácia el Retiro salí.

MARQUES. Sales, por cierto, temprano.

CONDE. Presto has dejado tambien
el lecho: muy breve ha sido
tu descanso. ¿No has dormido
acaso?

MARQUES. Si tal, muy bien.
Mas no puede estar ocioso
mi carácter diligente,
y tengo muy suficiente
con tres horas de reposo.

CONDE. Pues ya es justo descansar,
que á nosotros te dediques,
y un tanto nos sacrifiques
tu aficion á viajar.
Muy larga esta ausencia ha sido,
Cuanto notable se encierra

en Francia, Italia, Inglaterra
reconocer has podido.
Ahora un poco de quietud,
que harto tiempo has viajado;
todo el que has sido aguardado
con tierna solicitud.
Pensemos de nuestros hijos
la ventura asegurar:
es muy justo un premio dar
á sus amores prolijos.

MARQUES. ¿Tanto se aman?

CONDE. Con demencia,
con amor tan acendrado,
que de él ambos han formado
una segunda existencia.
Yo he visto ese amor nacer
en ellos desde la cuna,
sin oposicion alguna
desarrollarse y crecer;
tomar tales proporciones,
que su amor contrariar,
la muerte sería dar
á sus tiernos corazones.
Ni ¿quién su pasion deshace?
Verlos felices ansío,
y Dios dará, hermano mio,
su bendicion á este enlace.
¡Ah! Cuan completa sería
mi dicha si desterrar
lograse yo ese pesar,
esa honda melancolía
que iacera el corazon
de mi esposa, y por mi mal
fuí en ocasion bien fatal
de sus males ocasion.

MARQUES. ¡Tú, conde!

CONDE. Yo, hermano, sí.
Siéntate y escucha atento
la causa de su tormento:
la infeliz sufre por mí.

MARQUES. Te escucho.

CONDE. Un año no hacia

despues de mi casamiento
y en Italia un alzamiento
la Alemania promovia;
al paso que con encono
la Europa se coligaba
y arrebatar intentaba
á Felipe quinto el trono.
Acudí, como era ley,
al nacional llamamiento,
y con bélico ardimiento
partí á Italia con mi rey.
En los campos de Luzara
luchamos con noble afan,
y allí el pérfido aleman
pagó su osadía cara.
Con denuedo combatí,
siempre de mi rey al lado,
y en una carga empeñado
una herida recibí.
Del campo me retiraron
terminada ya la accion,
y para mi curacion
á Nápoles me llevaron.
Una dama me hospedó
de encantadora hermosura,
y con fé sencilla y pura
de mi asistencia cuidó.
Su tierna solicitud
tocó en mi alma de repente,
y otra pasion mas vehemente
sucedió á la gratitud.
Su sensible corazon
llegó amor á combatillo
tambien; que es fiel lazarillo
del amor la compasion.
Ciego al amor me entregué,
y á criminales placeres;
esposa, patria, deberes
desatentado olvidé.
Dos años permanecí
en Nápoles; entre tanto
mi esposa anegada en llanto

rogaba al cielo por mí;
hasta que mis desafueros
llegó atónita á entender:
hiciéronselos saber
varios de mis compañeros
á volver la espedicion.
Conocí mi desvarío,
el amor siguió el hastío,
y recobré la razon.
A España al fin regresé,
busqué á Carolina... ¡Cielos!
No mentian mis recelos.
¡Cuán cambiada la encontré!
Confesé á sus pies mi error,
fuí perdonado al instante;
pero impresa en su semblante
dejó su huella el dolor.
¡Oh! ¡Cuánto debió sufrir
la infeliz mientras mi ausencia!
Marqués, su moral dolencia
no han bastado á combatir
mis caricias noche y dia
ni mi conducta ejemplar;
nada basta á disipar
su eterna melancolía.—
Entonces me presentó
á tu Fernando; sí, el cielo
con él un dulce consuelo
á Carolina ofreció.
Revelóme tus dolores;
la muerte de la mujer
que perdiste al dar el ser
al fruto de sus amores.
En fin que nos entregabas
á tu hijo. ¿No es cierto?

MARQUES. (*Con aire sombrío.*) Sí.

CONDE. Y á Carolina y á mí
su educacion confiabas.
Aceptamos ella y yo
tan grato encargo, marqués.

MARQUES. Cierto.

CONDE. Cuatro años despues

Elena al mundo salió.
Fuí padre... ¡Oh Dios de bondad!
Despues de mi desacierto
no era yo digno, por cierto,
de tanta felicidad.
Desde entonces esperé
pudiese curar mi Elena
de su madre la honda pena...
tambien, marques, me engañé.
Mi esperanza se derrumba
y de un error va á otro error;
de Carolina el dolor
solo acabará en la tumba.
Mira mi arrepentimiento,
lo acepta con gratitud;
pero turba su quietud
un oculto pensamiento.
¡Oh! Cuantas veces durante
sus ensueños he notado
su agitacion y observado...

MARQUES. ¿Qué, conde? (*Con ansiedad.*)

CONDE. Que delirante
rompia en amargo llanto,
y hablaba en su agitacion
de una criminal pasion...
¡Cuánto la atormenta, cuánto!
De su sueño despertaba
procurando sonreir,
al verme, marques, sufrir...
La infeliz no me engañaba.
Ah...! no lo dudes, mi error
es causa de su tormento.
Agudo remordimiento
me acosa.

MARQUES. Conde, valor.
El cielo se apiadará
de nuestros males un dia,
y la perdida alegría
al fin nos devolverá.

CONDE. Así sea, hermano mio:
y para nuestro solaz
que sean iris de paz

nuestros dos hijos confio.
Al mundo apenas vinieron,
un recíproco cariño
nació en sus almas de niño,
que mas con la edad nutrieron;
y su amor alimentando
una mutua confianza,
mecidos por la esperanza
viven Elena y Fernando.
Ningun obstáculo puede
oponerse á su ternura:
para colmar su ventura
resuelto su enlace quede:
y Dios les dará su amparo,
que tienen tan merecido,
ya que mostrarse ha querido
con nosotros tan avaro.

## ESCENA III.

DICHOS. ELENA *y* FERNANDO.

ELENA. Aquí están.
FERNANDO. ~~Gracias á Dios~~
~~que al fin aquí os encontramos.~~
CONDE. Venid, venid hijos mios,
FERNANDO. Querido padre... (*Al marques.*)
MARQUES. Fernando,
el cielo te guarde.
FERNANDO. ¿Habeis,
padre mio, descansado?
MARQUES. Sí, muy bien.—Hermosa Elena...
CONDE. Venid los dos á mis brazos,
en premio de que ahora estaha
por vuestro amor abogando.
ELENA. Padre mio... (*Ruborizándose.*)
FERNANDO. (*Al marques.*) Vuestra vuelta
mucho, señor, anhelábamos
Elena y yo. Tantas cosas
tenemos que confiaros...
CONDE. Y de todas uno solo
vendrá á ser el resultado.

¿No es cierto?

FERNANDO. Uno solo, sí;
teneis razon: ya ocultarlo
es inútil, señor conde.
Ya es tiempo de confesaros,
padre mio, la pasion
que Elena y yo alimentamos.

CONDE. Elena mia, ¿qué dices?

ELENA. Yo, señor...

CONDE. ¿A qué negarlo?
Tú le amas...

FERNANDO. Sí, señor conde.
Me amas ¿no es cierto?

ELENA. Sí.

CONDE. (*A Elena.*) Vamos,
alza del suelo los ojos
y mírame: así... Un abrazo
ahora.

FERNANDO. (*A Elena.*) ¿No son nuestros padres
nuestros amigos mas caros?
¿Quién puede en nuestra ventura
estar mas interesado?
Ningun secreto debemos
tener para ellos. En cambio
quereis hacernos dichosos.
¿No es verdad? Sí; nos amamos,
padre mio, Elena y yo
desde la infancia. Arraigado
este amor en nuestras almas
ha ido con la edad tomando
gigantescas proporciones;
y tal ha crecido en ambos,
que es imposible en el mundo
amar mas que nos amamos.
Para llegar á ser digno
de la codiciada mano
de Elena, vos lo sabeis,
señor conde, yo he estudiado
asiduamente y seguido
cuidadoso vuestros sabios
consejos. Sé que aun no soy
digno de un premio tan alto;

mas si por merecimiento
ha de ser adjudicado
el corazon de mi hermosa
Elena, solo alcanzarlo
merece el angel del cielo,
del Señor mas estimado.
Pero aun soy jóven; aun puedo
aprender. Con el trabajo
yo llegaré á conquistar
gloria, fortuna; y si escaso
aun es todo á tanta dicha,
pensad que Elena ha aceptado
este corazon, que late
solo por ella; que en tanto
dure mi vida sabré
hacerla feliz...

ELENA. (*Con ternura.*) Fernando...

FERNANDO. ¿No es verdad, Elena mia?

ELENA. Sí, sí.

FERNANDO. No podeis dudarlo;
ya lo veis, me ama; sí, y yo,
padre mio, la idólatro.

CONDE. Marqués, su felicidad
¿oiste? está en nuestra mano.
Hacer la de las personas
que nos aman ¡es tan grato!
Ea ¿que respondes?

MARQUES. Conde,
hermano mio...

CONDE. Veamos.
¿Repruebas su enlace?

MARQUES. (*Turbado.*) No.

FERNANDO. ¡Oh dicha! Elena..

ELENA. Fernando...

MARQUES. Pero yo lo reflexiono
y no cedo al entusiasmo
como tú. Primero es fuerza...

CONDE. Sí, meditar, aplazarlo,
pasar notas diplomáticas
como en negocio de estado,
y luego... Marqués, confiesa (*Bajo á este.*)
que á fuerza de sufrir tanto

por causa de una pasion
malograda, se ha quedado
tu corazon frio y seco,
insensible á los halagos
de otra pasion...

MARQUES. Si, tal vez.

CONDE. ¿Tú, tiemblas, marqués, que acaso
descargue sobre tu hijo
tambien sus iras el hado?
No á ideas tan melancólicas
te entregues: ¡jóvenes ambos,
virtuosos, que heredar deben
nuestros títulos y estados,
un brillante porvenir
les aguarda: y al mirarlos
felices, sí, lo seremos
tambien nosotros, hermano.

FERNANDO. Ah, señor, vos nos colmais (*Al conde.*)
de ventura. (*Al marqués*) Padre amado...

MARQUES. Bien, bien; nos ocuparemos
de ese asunto mas despacio.
Aun sois demasiado niños:
mas adelante... Si acaso
con el tiempo no cambiais
de idea...

FERNANDO. ¡Cambiar!...

ELENA. ¡Ah!

MARQUES. Vamos,
no hay que alarmarse.

CONDE. Marqués...

MARQUES. Si quieres que un breve rato
á tu habitacion pasemos,
tengo que hablarte.

CONDE. (*En tono de resentimiento.*) No alcanzo
á comprender...

MARQUES. (*Interrupiéndole.*) Vamos, conde.
Fernando, Elena, yo os amo.
Tened en mí confianza;
pero aguardad.

FERNANDO. Padre...

MARQUES. Cuando
gustes. (*Al conde.*)

CONDE. Adios, hijos mios,
y confiad...
MARQUES. ¿Vamos?
CONDE. Vamos. (*Vanse por el foro.*)

## ESCENA IV.

FERNANDO y ELENA.

ELENA. ¡Dios mio!
FERNANDO. ¡Cuan presto alcanza
el sufrimiento al placer!
Marchita vino á caer
la flor de nuestra esperanza.
ELENA. Sí, Fernando; su favor
de hoy mas nos retira el cielo;
solo llanto y desconsuelo
se prepara á nuestro amor.
Movió su voluble rueda
la fortuna en nuestro daño,
y un amargo desengaño
solo al despertar nos queda.
FERNANDO. ¿Y qué nos importa, dí,
del destino, Elena mia,
si crece de dia en dia
mi adoracion hácia tí?
¿Quien leyes al corazon
osa dictar importuno?
¿Se hallará obstáculo alguno
que no venza una pasion?
¿Quien la llama irresistible
del amor puede apagar?
Contrariarla es arrojar
á la hoguera combustible.
No temas, Elena, no,
se tuerzan nuestros amores;
para vencer los rigores
de la suerte basto yo.
ELENA. ¡Que dices! Jamas, Fernando.
La autoridad paternal
acatemos, y no el mal
aumentemos, provocando

del alto cielo el rigor.
Solo obedecer nos toca;
que quien á un padre provoca
ofende al Sumo Hacedor.
Ellos en la tierra son
nuestro Dios; obedezcamos,
y en complacerles pongamos
una ciega sumision.

FERNANDO. Elena mia.

ELENA. Paciencia,
Fernando: presto quizá
propicia coronará
nuestro amor la Providencia.

FERNANDO. Pero ¿y si el hado fatal
nos condena á atroz suplicio?

ELENA. Dios piadoso el sacrificio
de la ternura filial
aceptará. Y si en el suelo
ser dichosos no alcanzamos,
á lo menos merezcamos
serlo algun dia en el cielo.

FERNANDO. Ah, eres un ángel.

ELENA. ¿Por qué?
¿Por qué á Dios no desafío?
No importa, Fernando mio,
si te pierdo moriré.

FERNANDO. ¡Morir tú! Mil veces yo
daré por tí mi existencia.
Ten de tu amante clemencia...
¡Morir mi Elena! No, no.
Tú eres, bien mio, inmortal;
ángel bajado del cielo
tornarás en raudo vuelo
á la mansion celestial;
y el perdon allí implorando
de una mortal criatura,
para adorarte á la altura
te seguirá tu Fernando.
¿No es verdad?

ELENA. (*Enjugando sus lágrimas*). Sí, sí.

FERNANDO. ¿Qué tienes,
hermosa Elena?

ELENA. No sé,
Fernando... lloro...
FERNANDO. ¿Y por qué?
¿Males acaso previenes?
No anticipes un tormento,
que así destruye tu calma.
ELENA. Siento en el fondo del alma
un cruél presentimiento.
FERNANDO. Tranquilízate y sosten
en tu pecho la esperanza;
todo en el mundo se alcanza
con la constancia, mi bien.
ELENA. Ah, Fernando....
FERNANDO. Ten valor.
Si contrariados nos vemos
al infortunio opondremos
nuestro inestinguible amor.
Sí, Elena mia; de hoy mas
fuertes debemos mostrarnos;
podrán, hermosa, apartarnos,
pero vencernos jamas.

## ESCENA V.

DICHOS y CAROLINA.

ELENA. Madre mia... (*Corriendo á su encuentro.*)
CAROLINA. Hija!... (*Abrazándola.*)
FERNANDO. Señora...
CAROLINA. Hijos mios ¿qué teneis?
En vuestros rostros traeis
de algun pesar que os devora
las señales. ¿Padeceis?
¿Qué habrá podido turbar
vuestra constante alegría?
¿Por qué la melancolía
ha venido á marchitar
tu hermosura, Elena mia?
Hoy, Fernando, que piadoso
el cielo un hermano á mí
me devuelve cariñoso,
y en momento venturoso

un amante padre á tí,
¿tan melancólico estás?
¿Qué nuevo acontecimiento
os aqueja me dirás?
Os hallo en este momento
cual no os he visto jamas.

FERNANDO. Señora, vos nos amais.
¿No es cierto?

CAROLINA. Como, Fernando
¡que tal pregunta me hagais!
Hijos mios ¿desde cuando
de mi cariño dudais?

FERNANDO. Ah, la ofensa perdonad.
No lo dudamos, señora:
pero es tal la intensidad
del pesar que nos devora,
que...

CAROLINA. ¡Dios mio!... Hablad, hablad.

FERNANDO. Vos, señora, tan piadosa
para todos de contino;
que adorais á Elena hermosa,
y os mostrais tan bondadosa
con vuestro pobre sobrino,
perdonareis si hasta ahora
os oculté desleal
el amor que nos devora,
y vos creiais, señora,
que era un amor fraternal.

CAROLINA. (¡Dios mio!) (*Aterrada*).

FERNANDO. ¿Quién llega á ver
á Elena sin admirarla?
Angel es que no mujer.
Conocerla y no adorarla,
señora, no puede ser.
Al mundo apenas salimos,
y por mudas afecciones
á la inclinacion cedimos,
los latidos comprendimos
de nuestros dos corazones,
Nos amábamos, señora,
sin saber lo que era amor:
la llama devoradora

nos abrasaba traidora
de la vida en el albor.
Hoy ya es volcan: su violencia
mal reprimimos los dos;
que, aunque feble en la apariencia,
será eterna como Dios,
grande como su clemencia.

CAROLINA. ¿Esa misma confesion (*Turbada.*)
á tu buen padre habrás hecho,
Fernando?

FERNANDO. En mala ocasion.
Que hay en él causa sospecho
para alguna oposicion.

CAROLINA. ¡Qué dices! (*Con imprudente ligereza.*)

FERNANDO. Con frialdad
nuestra súplica ha escuchado;
y con sobrada crueldad
á nuestra felicidad
ni aun largo plazo ha fijado.

CAROLINA. ¿Y tú, Elena?

ELENA. (*Ruborizada.*) Madre mia...

CAROLINA. (¡Infeliz!)

FERNANDO. De nuestro amor
su silencio es garantía.
Lo que su lengua os diria
os lo dice su rubor.
De vos, señora, esperamos
proteccion en nuestro afan;
y no en vano la imploramos:
ante el *sí*, que en vos buscamos
los obstáculos caerán.
Vos sois la misma bondad.

ELENA. Madre mia...

CAROLINA. (*Confusa.*) (¡Qué tormento!)

FERNANDO. Ley es vuestra voluntad.

CAROLINA. Hijos mios, por piedad...

FERNANDO. Nos protegeis. ¡Oh contento!

CAROLINA. Esperad... sí... Yo á mi hermano
con tierna solicitud...
informaré... (Hado tirano.)

FERNANDO. ¡Ah! dejad que en vuestra mano
estampe mi gratitud.

(*Besa con trasporte la mano de Carolina.*)

ELENA. Madre del alma...

CAROLINA. Hija mia...

FERNANDO. ¡Cuán dichosos nos haceis!

ELENA. Sí, sí, mucho.

CAROLINA. (¡Qué agonía!)

FERNANDO. Que, ¿vos llorais?

CAROLINA. (*Creciendo su turbacion.*) De alegria.

ELENA. ¡Ah!..

CAROLINA. Retiraros podeis.
Dejadme; sola estar quiero
unos instantes.

ELENA. Sí, sí.
Vamos, Fernando.

CAROLINA. (Yo muero.)

ELENA. Obedezcamos primero.

(*Viendo que Fernando va á suplicar á Carolina.*)

FERNANDO. Señora... (*Besando su mano.*)

ELENA. (*Lo mismo.*) Adios.

CAROLINA. (¡Ay de mí!)

## ESCENA VI.

CAROLINA.

¿Es un sueño lo que oí?
¿Su revelacion amarga
es un rayo que descarga
justo el cielo sobre mí?
¡Ellos se aman! ¡Oh! ¡Sí, sí,
Esa funesta pasion
que nutre su corazon
y colma mi desventura,
es el golpe, que asegura
mi eterna condenacion.
Fernando... Elena... ¡Dios mio!
¡Ellos desgraciados! ¡Oh!
pueda sola pagar yo
un momento de estravío.
¿El delito no fue mío?
¿Por qué no lanzais severo
contra mí el castigo fiero

que merezco?—No me asombre;
la falta del primer hombre
cayó sobre el mundo entero.
Tú lo ordenaste, señor;
cúmplase mi desventura,
y sufriré con fé pura
tu merecido rigor.
Solo imploro tu favor
para ellos: sí, ten clemencia;
Dios mio, de su inocencia
sobre mí tu rayo envia;
y en medio de mi agonía
bendeciré tu sentencia.

## ESCENA VII.

CAROLINA, *el* CONDE *y el* MARQUES.

CONDE. En vano insistes, marqués.
No hablemos mas del asunto.
Si su enlace se efectua,
como espero, será suyo
cuanto tenemos, y entonces
se tratará.

MARQUES. Mas no es justo...

CONDE. ¿Aquí Carolina está?
Perdonad si los discursos
de vuestro hermano impidieron
que antes os viera.

CAROLINA. Mal pudo
ofenderme quien previene
á todas horas mi gusto.

CONDE. Tal bondad...

CAROLINA. Hermano mio...

MARQUES. Carolina, tú en los usos
cortesanos mal versada
estás, si ligero juzgo
al verte tan de mañana
vestida ya.

CONDE. Sí, son muchos
los dias que al sol precede
en su salida, y confuso

al ver Febo á su rival,
aunque entre sedas oculto,
avergonzado y vencido
sigue entre nubes su curso.

CAROLINA. Por Dios, conde, recordad
que de lisonjas no gusto.

CONDE. ¡Ah! no lo son, á fé mia.
Bien sabeis que mal procuro
poner coto á mis palabras,
hijas siempre del profundo
amor que anima mi pecho;
pues cediendo á los impulsos
de mi ardiente corazon
mal trazo vuestro trasunto;
y por mas que ágrafo fé
lleguen mis verdades busco,
la modestia las rechaza
con inespugnable muro.

CAROLINA. ¿Insistís?

CONDE. Viéndolo estás,
marqués; sin querer injurio.....

CAROLINA. No, no tanto.

CONDE. ¿Es culpa mia
si, de artificio desnudo,
doy á mi amor libre rienda
y sigue acertado rumbo?
¿Eslo, señora, si intento—
por mi desgracia sin fruto—
en vuestro pecho estinguir
el dolor lento, profundo,
que al par que á vos atormenta,
es de mi dicha el verdugo?
Mal ocultarme podeis
el pesar que en vos descubro;
que cuando el alma no muere
no viste el semblante luto.
Carolina, vuestra calma
por do quier ansioso busco:
y el borrar con una vida
sin tacha el recuerdo rudo
de mi estravio, que nunca...

CAROLINA. Perdonad si os interrumpo.

No recuerdo de que hablais,
ni recordarlo procuro,
Conde.

CONDE. Sois la virtud misma.
Sí, Carolina; ¿qué mucho
si una bondad celestial
justiciero os atribuyo,
y á vuestras plantas postrado
os rindo divino culto?

CAROLINA. Conde... conde... (*Turbada.*)

MARQUES. Vaya, hablemos
de mis proyectos. Acudo
á tu proteccion, hermana,
para que apoyes mi justo
empeño. Quiero á Fernando
llevar conmigo

CAROLINA. (¡Qué escucho!)

MARQUES. Es tiempo ya de que viaje
y que afiancen el mundo
y la esperiencia los teóricos
conocimientos, que puso
en su mente la instruccion,
en bien dirigido estudio.

CONDE. Yo, Carolina, me opongo
y con razones arguyo.
Fernando es jóven aun
y tiene tiempo...

CAROLINA. Seguro.
Ademas nos prometiste... (*Con timidez.*)

CONDE. Y el faltar no fuera justo
á tu palabra.

MARQUES. (*Con intencion.*) Ignoraba
el amor, que estaba oculto
en su pecho, y consideré
algun tanto prematuro.

CAROLINA. ¡Ah! sí, sí; es cierto. (Imprudente;
mal mi emocion disimulo.)

MARQUES. Provemos antes si el tiempo
consolida lo que pudo
engendrar en la niñez
la costumbre de estar juntos
dia y noche; ó bien si pagan

á la inconstancia tributo.
Aun son demasiado jóvenes;
y cuando hayan dado al yugo
del himeneo sus cuellos...

CAROLINA. Es verdad, conde.

CONDE. Presumo
que algun recuerdo fatal,
Carolina, se interpuso
en vuestra mente. ¿No es cierto
que recordais los disgustos
que mi loca juventud
os causó? Muchos, sí, muchos
fueron.

CAROLINA. Por Dios, conde, basta.

CONDE. Otro dia de ese asunto
hablaremos. Hoy yo insisto
en que accedas á mi gusto,
y algun tiempo permanezcas
á nuestro lado.—El rey supo
ayer por mí tu venida
y quiere verte.—«Es muy justo
que venga á verme el hermano
del que creimos difunto
en Luzara. Trágele, conde.»—
Me dijo el monarca augusto,
y á recibir tal honor,
marqués, habemos de ir juntos.

MARQUES. Cuando gustes.

CONDE. Ahora entremos
á la mesa; yo presumo
que ya tendrás apetito.

MARQUES. Tal cual. (*Ap. á Carolina.*) Es fuerza que al punto
tengamos una entrevista.

CAROLINA. Sí, sí: del amparo tuyo (*Id. al marques.*)
necesito, hermano mio.

(*Hace sonar el conde la campanilla y se presenta Correa en la puerta del foro.*)

CORREA. ¿Señor conde?

CONDE. El desayuno. (*Correa se vá.*)
Cuando gusteis. (*A Elena y al marqués.*)

MARQUES. ¿Carolina? (*Dándole la mano.*)
CAROLINA. Vamos.
MARQUES. Valor. (*Ap. á Carolina.*)
CAROLINA. (*Ap. al marqués*) ¡Cuánto sufro!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO II.

*La misma decoracion del acto primero.*

## ESCENA PRIMERA.

EL CONDE.

Nunca echa el rey en olvido
nuestro amor y lealtad
¡Con qué marcada bondad
al marqués ha recibido!
Mas ¿qué mucho? Tantos años
cercado de sinsabores;
mal pagado de traidores;
recibiendo desengaños;
luchando sin tregua alguna;
viendo doquiera desdenes
y sufriendo los vaivenes
de la inconstante fortuna,
en el falaz laberinto
de la corte no se engaña,

y el trigo de la cizaña
distingue Felipe quinto.
Bien marcó su proteccion
ayer el rey, á fé mia.
¡Con qué sincera alegria
recordó nuestra adhesion
á su persona! Si alcanza
hoy el de Orendain favor,
no es á la verdad menor
que la suya mi privanza.
Tanto que en mi mano está,
su desgracia aprovechando,
ser sucesor en el mando
del duque de Riperdá.
¡Pobre duque! ¡Tan leal
y á la vez tan calumniado!
¿Quién al rey ha aconsejado
en esta ocasion tan mal?
Sin duda el embajador
aleman... maldito sea:
nuestro tesoro saquea
en pró de su emperador,
y no cesa de echar fieros
despreciando nuestra saña.
¡Siempre juguete la España
de intrigantes estranjeros!
Pero dejemos estar
negocios que dan hastío;
la calma no mas ansío
en mi doméstico hogar;
y en vez de cargos prolijos
y un envidiado favor,
de mi esposa el tierno amor;
y el bien estar de mis hijos.
De mis hijos... ¡Ah! sí, sí;
ellos ahuyenten mi pena.
Les llamaré...

*(Al ir á sonar la campanilla aparece Elena por el foro.)*

Hermosa Elena,
iba á preguntar por tí.

## ESCENA II.

EL CONDE *y* ELENA.

ELENA. Querido padre...
CONDE. Mi bien,
¿estás triste?
ELENA. Padre mio,
en vos mi esperanza fio.
CONDE. ¡Ah! ven á mis brazos, ven.
Aquí, sobre mis rodillas
siéntate.
ELENA. Sí. (*Se sienta.*)
CONDE. ¿Qué dolor
ha arrebatado el color
de tus hermosas mejillas?
Estás helada y temblando.
¿Te sientes mala?
ELENA. No sé...
CONDE. A curarte probaré
hablándote de Fernando.
ELENA. Señor...
CONDE. Vaya, ¿por qué así
te ruborizas? ¿No soy
tu amigo, Elena? ¿No voy
á hacerte dichosa?
ELENA. ¡Ah! sí.
CONDE. En mí fiaros podeis,
que en mucho á Fernando estimo.
¿Conque amas tanto á tu primo,
Elena?
ELENA. Bien lo sabeis.
CONDE. Vamos, habla: saber quiero
la fuerza de tu pasion;
lo que hay en tu corazon
justo es me expliques primero.
ELENA. Vos no comprendeis, señor,
ni yo esplicaros sabria
la angustia que noche y dia
sufre con fiero rigor
de una niña el alma tierna,
en el retiro educada

y con esmero cuidada
debajo el ala materna:
cuyo infantil corazon
y angelical pensamiento
jamas empañó el aliento
de una amorosa pasion;
de cuyos labios risueños
no ha lanzado en su cando
ni una palabra de amor
en sus dorados ensueños;
y que se vé de repente
envuelta y avasallada,
avecilla fascinada
por escondida serpiente;
en pos de una voluntad
mayor que su resistencia,
por una ciega obediencia
trocada su libertad:
que siente una mano fuerte
que la arrastra sin cesar
y en vano quiere luchar
contra el rigor de la suerte:
que oye una voz que le dice
—«Tú me amas; yo te vencí»—
antes que—«Yo te amo, sí»—
haya dicho la infelice.
Vos no comprendeis, señor,
ni yo esplicaros sabria
con qué angustia el alma mia
conoció lo que era amor.
Cedí al fin á su violencia,
hallé mi ventura amando,
y ha llegado á ser Fernando
quien anima mi existencia.
En él mi esperanza miro:
es mi luz, es mi contento,
mi norte, mi pensamiento,
es el aire que respiro.
El alma mia es su amor;
si algun dia le perdiera,
no lo dudeis, yo muriera
á impulso de mi dolor.

CONDE. Dichoso mil veces él.
Tal ese amor te enagena
que eres hoy, querida Elena,
con tu padre bien crüel.

ELENA. ¡Qué decís!

CONDE. Con la pasion
que sincera has esplicado,
los celos has engendrado
en mi pobre corazon.

ELENA. Perdon, perdon padre mio.
Os amo como al autor
de mis dias.

CONDE. Y ese amor
que será eterno confio

ELENA. Todo cuanto puede amar
una hija sencilla y tierna
á la autoridad paterna;
podeis, señor, confiar.
Pero á Fernando... (*Pausa.*)

CONDE. Prosigue,
hermosa Elena. Fernando,
tu albedrío avasallando,
la preferencia consigue.
Tú no haces mas que seguir
la senda, que con destreza,
nos marca naturaleza,
y es en vano resistir.
El amor viene á apartarnos
de nuestros padres.

ELENA. No, no.
¿Creeis que me aparte yo
de vosotros? ¡Alejarnos!
Imposible.

CONDE. Viviremos
juntos, Elena.

ELENA. Sí, sí.

CONDE. De vuestra ventura aquí
todos participaremos.
Y cuando la parca fiera
llegue en el trance fatal,
y corte el hilo vital,
en nuestra hora postrimera,

ángeles en este suelo
nuestros almas cogereis,
y entrega de ellas hareis
á los ángeles del cielo.

ELENA. Padre mio...

CONDE. Sí, es verdad.
Te estoy, hermosa, afligiendo,
cuando hablar solo pretendo
de vuestra felicidad.
Yo quiero que vuestra union
se apresure; y de tu tio
vencer muy presto confio
la infundada oposicion.
Todo ayudarnos parece:
el mismo rey, sabedor
de vuestro ferviente amor,
mis designios favorece.
Quiere ser vuestro padrino
y á Fernando protejer.
—«Nos la suerte hemos de hacer,
conde, de vuestro sobrino.»—
Díjome su magestad.
Conque alégrate, hija mia:
tú recobra la alegria,
y ambos en mí confiad.

ELENA. Sí, padre; en vos confiamos.

CONDE. Ahora, hija mia, busquemos
á Fernando y le diremos
que con nuestro rey contamos. (*Se levanta.*)

ELENA. Vamos, si.

CONDE. Y hoy de tu tio
la oposicion cesará.

ELENA. ¿Lo creéis?

CONDE. Oh, cederá.

ELENA. ¡Que bueno sois, padre mio!

(*El conde da el brazo á Elena y vánse por el foro.*)

## ESCENA III.

CAROLINA *y el* MARQUES *por la izquierda.*

MARQUES. Ea, valor, Carolina,

no hay que perder un instante;
el plan que hemos convenido
debe presto efectuarse.
El sacrificio es costoso,
y tu corazon de madre
sufrirá un suplicio atroz;
pero para grandes males,
pobre Carolina mia,
pongamos remedios grandes.

CAROLINA. Dios mio...

MARQUES. El rey les proteje
y un nuevo obstáculo añade
á la realizacion
de mi proyecto.

CAROLINA. ¡Cuan fácil
un soplo de la fortuna
adversa troncha y deshace
las forjadas ilusiones
del porvenir mas brillante!
Ay ¡cuanta felicidad,
cuanta ventura inefables
destruidas por mi causa!

MARQUES. Miremos hoy adelante,
hermana mia; no es dado
retroceder en el trance.
Seamos fuertes, luchando
contra el infortunio; alcance
tu abnegacion á alejar
esa tempestad, que grave
nos amenaza, y suframos,
Carolina, los pesares
que justa la Providencia
sobre nosotros descargue.

CAROLINA. Justa, sí. ¿De su castigo
puedo rebelde quejarme?
Estoy resuelta, sí, hermano
mio. Ya que indispensable
es una revelacion
la haré; por mas que desgarre
de la pobre Elena mia
el corazon. De su madre
se apiadará, y por mi bien;

sí, sabrá sacrificarse.
El alma de la mujer
es sensible y nunca en balde
á ella se acude. Los hombres
sois sordos á los pesares
de la humanidad. Perdona,
hermano mio, el lenguage
de la desesperacion.
Loca estoy; mi frente se arde,
y el corazon en el pecho
siento, ay de mí, desgarrarse.

MARQUES. Voy en busca de Fernando;
le hablaré de nuestro viaje
próximo, en tanto que á Elena
declaras...

CAROLINA. Sí, sí; al instante.

MARQUES. Adios, pobre hermana mia;
ten valor. Jamas estables
la fortuna y la desgracia
son en la vida. ¿Quien sabe
si al fin el cielo apiadado
pondrá un término á los males
qué nos agobian? Confiemos
en su piedad; que no en balde
á ella recurre contrito
en la tierra el miserable.
Adios.

CAROLINA. Él vaya contigo.

MARQUES. Y El, Carolina, nos salve. (*Váse por el foro.*)

(*Carolina hace sonar la campanilla y aparece Correa en dintel de la puerta.*)

## ESCENA IV.

CAROLINA *y* CORREA.

CORREA. ¿Señora?

CAROLINA. A Elena llamad.

CORREA. Voy, señora. Hace un instante
bajó al jardin, y la he visto
tan contenta, tan afable...
la inocencia y la alegria

impresas en su semblante.

CAROLINA. (Pobre hija mia.)

CORREA. Bien puede
el señorito llamarse
dichoso. Vaya, no es nada:
tendrá por esposa á un angel
de hermosura y de virtud
y una posicion brillante.
Bien merecen ser dichosos;
que en belleza y buen carácter
en todo el mundo, señora,
no hay quien á los dos iguale.

CAROLINA. (Ah).

CORREA. ¿No es cierto que será
pronto el suspirado enlace?
No lo retardeis, por Dios:
mis deseos son tan grandes,
señora, de verlos juntos
para siempre, que un instante
que pasa... Soy ya tan viejo...
y si mi muerte llegase
antes de la boda, creo
que habia de condenarme.
Dios me tenga de su mano.
Son tan buenos, tan amables....
Me tranta con tal cariño
los dos...

CAROLINA. Correa, no tarde
y á Elena...

CORREA. Sí, voy, señora.
Estoy tan contento... tales
son mis ánimos y tanto
va á enloquecerme este enlace,
que el dia que se efectue,
con todas mis navidades,
bailaré con la portera
y echaré una cana al aire.

CAROLINA. Bien, Correa; pero vaya....

CORREA. Sí. sí señora; al instante.

(*Hace una reverencia y se vá.*)

## ESCENA V.

CAROLINA.

(*Se sienta y despues de una pausa dice.*)
Todos, todos—¡ay de mí!
se complacen en mi daño,
y un amargo desengaño
preparo á todos aquí.
La falta que cometí
en un momento de error
veo con fiero dolor
que expian los inocentes,
cayendo sobre sus frentes
del alto cielo el rigor.
¡Ay, Elena! ¡Cuál va á ser
tu dolor irresistible
cuando el secreto terrible
llegues, mísera, á saber!
¿Y puedo retroceder?
No, no... La infeliz quizá
al dolor sucumbirá...
¡Elena! Fuera horroroso.
¡Oh! ¿Qué haré? Dios poderoso
dadnos valor... Aquí está.

## ESCENA VI.

CAROLINA *y* ELENA.

ELENA. ¿Me llamais madre mia? ¡Cuán gozosa
estoy en este instante!
Mi padre nos protege. ¡Mas qué miro!
De mortal palidez vuestro semblante
cubierto está. Las lágrimas surcaron
vuestro rostro no ha mucho,
y el hermoso carmin que lo cubria
impías en su curso arrebataron.
¿Qué teneis, madre mia?
CAROLINA. Elena, ¡cuánto sufro!
ELENA. ¡Vos, señora!
vos que en la tierra sois ángel del cielo...

¿Qué pesar os devora?
¿No podrá vuestra Elena, que os adora,
proporcionar á vuestro mal consuelo?

CAROLINA. Imposible.

ELENA. ¡Imposible! Cielo santo...
¡Oh! decidme, decidme ¿qué desgracia,
que irremediable mal asi os abate
y hace brotar del corazon el llanto?

CAROLINA. Si tú el rudo combate
vieras que noche y dia
sin conceder de tregua ni un momento
sufriendo está años hace el alma mia;
si su cruel tormento
pudieses comprender, si tú lo vieras,
á esta madre infeliz, Elena hermosa,
tu perdon generosa concedieras.

ELENA. ¡Mi perdon! ¡Yo señora..!

CAROLINA. Sí, lo imploro.
Tú me perdonarás, hija del alma.

ELENA. Por piedad, madre mia,
tregua dad al dolor: vuelva la calma
á vuestro corazon. Si, yo os adoro.
Pero ¿qué mal, señora, os atormenta?
¿Qué desgracia?..

CAROLINA. Fernando...

ELENA. ¡Cielos! Pronto
hablad, hablad...

CAROLINA. Se ausenta,
va á partir.

ELENA. ¡Es posible! (*Se apoya en una silla.*)

CAROLINA. Hija...

ELENA. (*Oprimiéndose el pecho con ambas manos.*)
No es nada.
Proseguid, proseguid.

CAROLINA. (Infortunada.)
Siéntate, Elena mia... aquí, mas cerca.
(*Elena se sienta junto á su madre en la mayor ansiedad.*)
Amas, dime, á Fernando?

ELENA. Madre mia,
no lo puedo negar.

CAROLINA. ¿Y á la infelice
que te dió el ser?

ELENA. La adoro, sí; y daria
por su felicidad mi vida entera.
CAROLINA. Y si ella te pidiera
que el enlace anhelado suspendieses;
si con tu boda hicieses
su eterna desventura;
si le hicieras la copa de amargura
beber hasta las heces,
si el terrible anatema tú lanzáras
en tu pobre familia... ¿Te estremeces?
¿á este enlace fatal no renunciáras?
ELENA. ¡Oh! ¡Qué decís, señora!
CAROLINA. Escucha, Elena.
Para una ruda pena
prepara el corazon; mas ya es preciso
decirte la verdad, verdad terrible
para tu alma sensible;
tósigo para mí que me devora...
Escucha y ten valor.
ELENA. Hablad, señora.
CAROLINA. Aunque eres una niña todavia,
la elevacion de tu alma,
tu talento precoz, Elena mia,
tu ternura filial, y sobre todo
de la necesidad la ley premiosa.—
Por mas que dolorosa
sea á mi corazon—me impulsan ahora
á hacerte, hija del alma, aterradora,
crüel revelacion. Tú, comprendiendo
su importancia, hija mia, y dueña siendo
de un secreto terrible,
dispondrás del honor de tu familia;
en tí estará su suerte,
y en tus manos tambien mi vida ó muerte.
ELENA. ¡Oh Dios!
CAROLINA. Elena ¿sufres, amor mio?
ELENA. En ansiedad violenta
lucha mi corazon. Saber ansío
el secreto fatal
CAROLINA. Escucha atenta.
Cuatro lustros va á hacer, Elena mia,
que una jóven cual tú sencilla y pura,

en cuyo rostro hallaban la hermosura
y en su alma la alegria,
conoció al hijo de una casa ilustre;
pero por la desgracia perseguida.
Se vieron y se amaron: honda herida
sintieron en sus tiernos corazones.
Juramento ferviente
hicieron de adorarse eternamente.
Sueño infantil, mentidas ilusiones,
engañador hechizo,
que del aura levísima en un dia
al soplo se deshizo.
El padre de la jóven, no escuchando
las voces del amor, fija su mente
solo en el interes, fue de otro enlace
los hilos preparando
con otro jóven de elevada cuna,
arrullado tambien por la fortuna,
á un albedrío el otro sujetando.
Casáronla, hija mia. ¡Cuánto su alma
lloró en la soledad! ¡Cuántos dolores
siguieron á la calma
de la infeliz, que vió de sus amores
deshojada la flor, y en mal andanza
perdida para siempre la esperanza!
El sueño desdeñoso
se apartó de sus ojos; y en las noches
silenciosas y eternas
llegaba á sus oidos cariñoso
á la par que doliente
el acento del hombre tan querido,
del hombre á quien habia prometido
amar eternamente,
y la veia en insolubles lazos
de un mortal mas feliz entre los brazos.
En medio del dolor la sin ventura
comprendió su deber é hizo promesa
de conservar ilesa
su virtud con fé pura,
el honor de sus ínclitos mayores:
sofocando en su pecho,
por el dolor deshecho,

[illegible] recuerdo, sí, de sus amores.
(*Despues de una pausa continúa.*)
La guerra en aquel tiempo, Elena mia,
asolaba la España:
con implacable saña
el archiduque Carlos pretendia
de don Felipe quinto
el trono conquistar; y sus parciales,
do quier sembrando males,
dejaban nuestro suelo en sangre tinto.
El esposo, leal á su monarca,
á las armas voló con los primeros,
cuyos nobles aceros
sostuvieron potentes la corona
de Felipe de *Anjou*, su rey querido,
que á su nobleza fiel reconocido
con mil mercedes su valor pregona.
A Italia el rey partió; siempre á su lado
partió el esposo, de entusiasmo ardiente
su corazon hinchado.
El Dios omnipotente
maldijo desde el cielo su partida;
y la esposa infeliz abandonada,
al llanto condenada,
fue á la vez del Eterno maldecida.
Vióse sola, hija mia,
la que un año antes en doradas salas
de tantos caballeros esforzados
rodeada se vía;
la que tendia sus doradas alas
de su ilusion al viento,
y de una en otra idea seductora,
de la vida en la aurora,
vagaba sin cesar su pensamiento.
Volvió á España la corte y esperaba
volver á ver la jóven al esposo,
encontrando en sus brazos el reposo...
El ausente esperado no llegaba.
Pasó un año y otro año; él entretanto
en Nápoles se hallaba;
y olvidando deberes, juramentos,
á otro amor se entregaba,

sin escuchar los ayes, los lamentos
de la esposa infeliz que le llamaba;
que le veía infiel; que sin amparo
luchaba con la llama no estinguida
de su primer amor.—¡Destino avaro!—
brotando aun sangre su profunda herida.
Escribió una y cien veces;
humillada rogó: todo fue en vano.
La esposa infortunada
se vió vendida con rigor tirano,
y apuró del dolor hasta las heces.
Un dia la anunciaron
que un caballero verla pretendia.
La confiada esposa,
en estremo gozosa,
á su esposo de vuelta ver creía.
¡Cuál su sorpresa fue, cuál su congoja
al ver que el caballero
era el jóven aquel, que en otros dias
de la jóven sencilla fué certero
á herir el corazon! Es imposible
espresar el espanto
que á la infeliz sobrecogió. Terrible
fue aquel encuentro. Sin querer el llanto
de sus ojos brotó. Dentro del alma
aterradora voz la reprendia.
Fuéle imposible aparentar la calma,
que la mísera—¡ay Díos!—perdido habia;
y entre tanto aquel hombre generoso
en vez de reprender compadecia.
Reiteró sus visitas.—Imprudente
la esposa, que á sus pies via un abismo
cerró á la luz los ojos.—Fácilmente
brotaron chispas de la antigua hoguera
mal estinguida, que en volcan furioso
en breve se trocó, sin que pudiera
sofocar el incendio impetuoso:
que en su congoja fiera,
cuanto mas la infeliz la resistia
mas su pasion frenética crecia.
Díos ¡ay! la abandonó. La miserable
perdida la razon..! de sus deberes

á olvidarse llegó...

ELENA. Dios mio...

CAROLINA. El cielo
con el fruto le dió de sus amores
una reprovacion viviente, clara,
¡ay Dios! de sus errores,
que su conducta impura recordára:
y para hacer mas fieros sus dolores
el castigo dispuso que cayera
de la culpable en la familia entera.
Un hijo la dió el cielo...

ELENA. (*En angustia creciente.*) ¡Madre mia!!!

CAROLINA. Su falta conoció la desdichada,
pero tarde. Y ese hijo...

ELENA. Piedad, piedad...

CAROLINA. ¿Comprendes mi agonía?

ELENA. Piedad...

CAROLINA. Desventurada...
Ese hijo...

ELENA. ¡Ay! es Fernando...

CAROLINA. Sí... Hado impio...

ELENA. Él... él... mi hermano... (*Fuera de sí.*)

CAROLINA. (*En actitud suplicante.*) Elena...

ELENA. (*Cubriéndose el rostro con ambas manos.*) Jesus mio...

CAROLINA. Ahora conoces de mi falta, Elena,
la estension toda. Sin piedad alguna,
sin compasion á mi terrible pena,
maldíceme, hija mia.
Yo he destruido ¡ay triste! tu fortuna;
yo el rayo asolador lancé en mal hora
sobre el tranquilo hogar. Yo he agostado
la delicada flor de tu esperanza;
yo pérfida he clavado
un agudo puñal envenenado
en tu inocente corazon. No alcanza
el perdon culpa tal. ¿No me maldices?

ELENA. ¡Dios de misericordia!

CAROLINA. ¡Palideces!
¡Tus ojos cierras! Hija, hija del alma...

ELENA. Fernando... Ay.

CAROLINA. (Infelices...)
Elena...

ELENA. No, no es nada... madre mia,
nada temais. Conozco mis deberes
y os salvaré, señora.

CAROLINA. (¡Qué agonia!)

ELENA. Mi sacrificio aplacará, lo espero,
la cólera celeste. (Yo me muero.)

CAROLINA. Hija mia... hija mia, angel bajado
del trono del Señor... (*Cubriéndola de besos.*)

ELENA. Fernando mio...
Cielos, yo desvario...
Es mi hermano... Perdon... ¡Qué he pronunciado!

CAROLINA. Ves mi infortunio, Elena. El conde, el mundo
creen en mi virtud. A una palabra
que el secreto profundo
revelase, hija mia,
sobre tu madre el deshonor caeria;
y al deshonor, Elena ¡airada suerte!
rápida seguiria
de tu madre infeliz la cruda muerte.

ELENA. Oh, no; vos vivireis.

CAROLINA. Y tú, mi Elena,
encanto de tu madre, tú dichosa
aun llegarás á ser. Tu ruda pena
un término tendrá.

ELENA. Yo...

CAROLINA. Sí, mi hermosa;
serás feliz.

ELENA. Sí, allí. (*Señalando al cielo.*)

CAROLINA. No, no; hija mia.
Cuidarás de tu vida tan preciosa
para tu pobre madre, cuyo encanto
eres. En Dios confia.
Él sabrá devolverte la alegría;
Él compasivo enjugará tu llanto.
(*Besándola con efusion.*)

ELENA. Permitidme, señora, me retire:
necesito descanso. (*En el mayor abatimiento.*)

CAROLINA. Sí, hija del alma, sí. A esa mi estancia
retírate, mi bien; mas yo te ruego
que des tregua al dolor. Dame un abrazo.
¡Cielos! despide fuego (*Estrechándola en sus brazos.*)
tu frente, hija adorada.

ELENA. Nada temais, señora; mi agonía
un término tendrá.
CAROLINA. Pronto, hija mia:
alguno se aproxima... Estás temblando...
Ven, apóyate en mí.
ELENA. (*En estremo debilitada.*) ¡Ay!
CAROLINA. (*Viendo llegar á Fernando.*) (Hado impio...)
Vamos, vamos, mi bien...
ELENA. ¡Cielos... Fernando!!!
CAROLINA. Valor, hija, valor. (*En la mayor ansiedad.*)
ELENA. Piedad, Dios mio.
(*Carolina conduce á Elena hasta la puerta de la izquierda. Fernando se detiene sorprendido al ver la huida de Elena.*)

## ESCENA VII.

CAROLINA *y* FERNANDO.

FERNANDO. ¿Será cierto? ¿huye de mí
Elena, señora?
CAROLINA. No,
Fernando.
FERNANDO. Apenas me vió
que me esquivaba creí.
Vengo, señora, á implorar
vuestro apoyo.
CAROLINA. (¿Aun mas, Dios mio?)
FERNANDO. Cuento con el de mi tio,
y de vos pueda alcanzar—
pues sois nuestra Providencia—
que á mi padre convenzais,
y á nuestro enlace le hagais
que no oponga resistencia.
Nada os negará, señora,
quien os confió mi destino.
En cambio vuestro sobrino
con toda el alma os adora.
Señora ¿qué respondeis?
CAROLINA. Vuestro cariño. . yo apruebo;
mas, Fernando... no me atrevo...
FERNANDO. ¡Que escucho! ¡No os atreveis!
CAROLINA. Elena, hijo mio, es

una niña todavia...
Tu padre no se opondria
mas adelante... Despues
que la edad llegue á formar
vuestro carácter... (Dios mio...)
Sí; yo en tu padre confio;
tú en él debes confiar.

FERNANDO. Pero mi padre...

CAROLINA. Él es dueño
de tu voluntad.

FERNANDO. Yo acato...

CAROLINA. Oponerse á su mandato
fuera criminal empeño.

FERNANDO. Pero vos...

CAROLINA. Basta. (*Reprimiendo su agitacion.*)

FERNANDO. Por cierto,
mal cifraba mi esperanza
en vos; de vuestra mudanza
ahora la causa no acierto.
No aguardó tal frialdad,
señora, mi inesperiencia.
Mirais con indiferencia
de ambos la felicidad.
De Elena...

CAROLINA (¡Ay de mí!)

FERNANDO. Que implora
vuestra proteccion cual yo.
¿Querreis la muerte?..

CAROLINA. No, no...

FERNANDO. ¿De la que tanto os adora?

CAROLINA. ¡Su muerte!!!

FERNANDO. No lo dudeis.
Nuestro amor no se deshace.
Si os oponeis á este enlace,
señora, nos matareis.

CAROLINA. ¡Mataros!

FERNANDO. Si, nos juramos
amarnos eternamente:
quien separarnos intente
manda crüel que muramos.
Nos protegeis ¿no es verdad?
Tan generosa, tan buena

fuisteis siempre para Elena
y para mí... Disipad
las negras sombras, señora,
que amagan nuestra ventura:
despues de la noche oscura
veamos al fin la aurora.
La aurora de un porvenir,
que hemos mil veces soñado,
de delicias circundado,
norte de nuestro existir.
Sí; convenced á mi padre,
á ese hermano, que os adora;
sed hoy para mí, señora,
cual siempre una tierna madre.
Vamos, cedeis. ¿Sí?

CAROLINA. Fernando...
Yo no puedo... es imposible.

FERNANDO. ¡Cielos!..

CAROLINA. (Suplicio terrible.)

FERNANDO. Vos...

CAROLINA. Me estás martirizando.

FERNANDO. ¡Qué decís!

CAROLINA. (Dios de bondad.)

FERNANDO. ¿Imposible? Pues segura
haceis nuestra desventura
por toda una eternidad.
Ah... ¿Es acaso porque ignoro
el nombre de la mujer,
que en mal hora me dió el ser,
y á la que ignorada lloro?
¿Por qué no puedo ostentar,
sin borron en sus colores,
el blason de mis mayores,
cual vos lo podeis mostrar?
¿Debe recaer en mí
el castigo...

CAROLINA. (*Agitadísima.*) No... (Hijo mio...)

FERNANDO. ¿De una falta que yo expío,
y que yo no cometí?
Vos, santa entre las mejores,
al ver mi dolor prolijo,
¿castigareis en el hijo

de una madre los errores?
Ah, no, no. Con santo celo,
señora, imitadme vos;
pidamos juntos á Dios
la perdone desde el cielo.
¿No tendreis de mí piedad?

CAROLINA. (No puedo mas: yo fallezco.)

FERNANDO. ¿Ni una respuesta merezco?
Es ya inaudita crueldad.
Pues bien, señora, tened
en cuenta vuestra porfía,
y que Elena será mia
á todo trance sabed.

CAROLINA. Fernando...

FERNANDO. Que el hado impío,
que hoy á sufrir nos condena,
no me robará de Elena
el corazon que es ya mio.

CAROLINA. Fernando...

FERNANDO. El poder del mundo
no logrará en su despecho
arrancar de nuestro pecho
el sentimiento profundo...

CAROLINA. Basta, basta. (*En la mayor agitacion.*)

FERNANDO. ¿Quién podria
arrancarme mi tesoro?
Os lo he dicho, yo la adoro
y Elena al fin será mia.

## ESCENA VIII.

CAROLINA, FERNANDO y ELENA, *que aparece pálida y exánime.*

ELENA. Os engañais, caballero.

CAROLINA. (¡Cielos!!!)

FERNANDO. Elena....

ELENA. Callad.
No solo obedece Elena
la voluntad maternal,
si es que desde hoy os retira
su amor y castigo da
á vuestra osadía....

FERNANDO. ¡Elena...!
ELENA. Y os juro aquí que jamas
será vuestra esposa.
FERNANDO. ¡Que oigo!
CAROLINA. (Justicia de Dios.)
FERNANDO. Piedad,
piedad, Elena: yo he sido
un insensato. He hecho mal,
muy mal, señora. Miradme (*A Carolina.*)
á vuestras plantas. Mirad
estas lágrimas que brotan
del corazon... No volvais
vuestros ojos....
ELENA. (Yo fallezco.)
CAROLINA. Fernando.... (*Con grande ansiedad.*)
FERNANDO. Elena ¿podrás
dictar mi muerte? Tan pronto
así al olvido se dan
los juramentos de amarnos
eternamente? ¿Querras
á un amante que delira
con tal rigor castigar?
No, no, Elena; yo te adoro...
Piedad, bien mio, piedad.
ELENA. (Oh, Dios misericordioso...)
FERNANDO. Elena, Elena...
ELENA. Jamás. (*Fernando se levanta.*)
Fernando... (*Titubeando.*)
CAROLINA. Aparta... Tú quieres
asesinarla.
FERNANDO. Dejad
que hable... Dejad...
CAROLINA. No, no, basta.
Yo lo mando...
FERNANDO. De mi afan
compadécete...
ELENA. Fernando...
FERNANDO. Me amas, me amas. ¿Es verdad?
ELENA. Yo... yo... (*Creciendo su angustia.*)
CAROLINA. (Cielos...)
(*Colocándose delante de Elena en actitud suplicante.*)
ELENA. (*Con un esfuerzo supremo.*) No... no os amo...

Dios mio... Dios mio... ¡Ah!
(*Lanza el grito y cae desmayada en brazos de su madre.*)

## ESCENA IX.

CAROLINA, ELENA, FERNANDO, EL CONDE, EL MARQUES, *al fondo* CORREA y CRIADOS.

CAROLINA. Socorro, socorro...
FERNANDO. Vos, (*Agitando la campanilla.*)
señora, vos la matais.
CAROLINA. Elena, Elena... hija mia... (*Salen todos.*)
CONDE. ¿Qué sucede? ¡Cielos! (*Viendo á Elena.*)
FERNANDO. Ya
no me ama, señor.
CONDE. ¡Que dices!
MARQUES. (Desdichados.)
CONDE. ¿Es verdad,
señora?
CAROLINA. Conde...
FERNANDO. No me ama
y vedla. (*Colocan á Elena en un sillon.*)
CAROLINA. (No puedo mas.) (*Apoyándose en el sillon.*)
CONDE. Correa, amigos, al punto
corred; al doctor llamad. (*Vanse los criados.*)
Elena... Está helada.
FERNANDO. Sí;
y muerta, muerta quizá.
CONDE. Carolina...
CAROLINA. (*Turbada.*) Conde... ignoro...
CONDE. Oh, qué misterio infernal...
CAROLINA. (Yo fallezco.)
CONDE. Vos, señora,
os sentís mala...
CAROLINA. Cuidad
de ella sola...
CONDE. A su aposento
llevémosla.
FERNANDO. Os apiadad
de Elena, señor...
CONDE. Fernando,
marqués ¿ninguno podrá

decirme...

MARQUES. Valor, hermano.

CONDE. No vuelve á la vida... ¡Ah!

CAROLINA. (Misericordia, Dios mio.)

MARQUES. Conde, la fatalidad...

CONDE. No, no: una falta, una falta
quiere el cielo castigar.

CAROLINA. Sí, sí... Es cierto... (*Con desesperacion.*)

MARQUES. (*Deteniéndola.*) Carolina...

CONDE. Piedad, Dios mio, piedad.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO III.

*Sala adornada con ujo; puertas laterales; la de la derecha conduce á las demas habitaciones; la de la izquierda es del cuarto de Carolina. Al fondo un balcon cuyas maderas están abiertas y dejan ver las copas de los árboles de un jardin alumbrado por la luna. Una mesa, sobre la que arden dos bugías: en medio de la escena un sillon.*

## ESCENA PRIMERA.

CORREA, *sentado junto á la mesa.*

Las dos. ¡Con qué lentitud
pasan de noche las horas
junto á un enfermo querido!
¡Con qué afan, con qué congoja
se espera volver á ver
del nuevo dia la aurora!
La noche en pos de sí lleva
y envuelve en sus negras sombras
mil quiméricos fantasmas
que en torno nuestro se agolpan;
sonidos incomprensibles
que el viento ligero forma,
de los árboles del parque
meciendo las leves hojas;
una puerta que rechina

sobre sus goznes; las gotas,
que en silencio se desprenden
de las nubes y que azotan
las paredes; una araña
que su red teje afanosa
y súbito en ella apresa
á la temeraria mosca...
los mas sencillos rumores
nos alarman y trastornan.
Es cierto que los sucesos
inesperados, ó poca
ó mucha importancia adquieren,
segun en nosotros obra
la disposicion del ánimo
triste ó alegre; y ahora
triste es por cierto la mía
cual la de la casa toda.
¡Pobre señorita Elena!
Ni un solo instante reposa,
y en un continuo delirio
ocultos pesares llora,
ó sonidos articula,
que mal las palabras forman,
mezclados con los suspiros
su seca y cárdena boca.
Huye del lecho; parece
que una idea aterradora
en su mente está grabada
y por do quiera la acosa.
La desventurada niña
corre de una parte á otra,
y una celeste vision
se asemeja entre las sombras,
que de la region etérea
baja á la tierra piadosa
á cubrir al desdichado
con sus alas bienhechoras.
A su lado dia y noche,
queriendo ser ella sola
la enfermera de su hija,
está mi pobre señora.
Tan solo al doctor permite

la entrada. Tampoco toma
alimento, y sufre tanto
como su hija. Sí, la adora;
y si esta muriese, pronto
la seguiría á la fosa.
Su accidente repentino
ha llenado de congoja,
de consternacion y llanto
á esta casa. Oh, y si toma
mas incremento, es muy fácil
que la infeliz... Horrorosa
es tal idea... Oigo ruido...
(*Se levanta y se aproxima á la puerta de la izquierda.*)
¿Me llaman?—No; es que solloza
la señorita y se queja—
La consuela mi señora
y...—Al señorito Fernando
la pobre paciente nombra;
quiere verle.—Es que delira—
Los sollozos la sofocan.—
Dios de bondad, devolvedle
la salud: sí, que no rompa
inexorable la parca
el hilo de esa preciosa
existencia; y si un tributo
dar á esta casa le toca,
tomad mi vida, señor;
llegue mi muerte en buen hora,
que en este mísero mundo
he vivido ya de sobra:
al paso que la infeliz
señorita, que está ahora
entre la vida y la muerte,
es tierna planta, que brota
al sol de la primavera;
bella flor, que entre las hojas,
mecida por dulces auras
al sol abre su corola.
Oigo pasos: el señor (*Mirando adentro.*)
marques... Tampoco reposa.
Viene á saber de la enferma:
á todos su vida importa.

## ESCENA II.

CORREA *y el* MARQUES *por la derecha.*

MARQUES. ¿Correa?
CORREA. ¿Señor?
MARQUES. ¿Que tal
sigue mi sobrina?
CORREA. Ha estado
muy agitada. Su estado
es, señor marques, fatal.
MARQUES. ¿Se halla con ella el doctor?
CORREA. Hace rato no le he oido.
Sin duda estará dormido.
MARQUES. Pero ¿ahí dentro?
CORREA. Sí, señor.
MARQUES. Pues bien, Correa, entrareis
en su busca, y que un momento
de entrevista en mi aposento
me conceda le direis:
que es de la mayor urgencia.
CORREA. Quisiera serviros, sí;
pero para entrar allí
no tengo, señor, licencia.
MARQUES. ¿Cómo?
CORREA. Nadie puede entrar
sino el doctor. La señora
así lo ordena.
MARQUES. En buen hora.
(Tiene razon. Declarar
nuestro secreto y perder
en su delirio podría
á su madre.) Todavía
tardará en amanecer.
CORREA. Las dos han dado hace poco
señor marques.
MARQUES. Sí, lo sé.
CORREA. ¿No habeis dormido?
MARQUES. No, á fé,
ni me he acostado tampoco.
Cuando sufre el corazon
en un martirio terrible

el descanso es imposible,
Correa.

CORREA. Teneis razon.
Por mí aunque dormir quisiera,
y aunque por la edad cansado,
como esta noche he velado
velára mi vida entera;
unos ratos escuchando
hasta el mas leve rumor,
y otros al Sumo Hacedor
por nuestra enferma rezando,
miro las horas pasar
en una ansiedad contina,
la aurora que se avecina
y al nuevo sol asomar.
Mal entre penas y enojos
puede encontrarse la calma.
Sí, sí; cuando sufre el alma
huye el sueño de los ojos.

MARQUES. No olvideis de que al doctor
deseo hablar.

CORREA. No lo olvido;
pero aguardad.

MARQUES. ¿Qué?

CORREA. Oigo ruido...
aquí le teneis, señor.

## ESCENA III.

EL MARQUES, *el* DOCTOR *y* CORREA *al fondo.*

DOCTOR. Señor marques, mucho siento
no haber sabido que aquí
os encontraría.

MARQUES. Sí;
he venido hace un momento
por vos... En vuestro semblante
marcada está la tristeza.

DOCTOR. Si os he de hablar con franqueza,
cada vez mas alarmante
es de la enferma el estado:
esa fiebre, ese tenaz

delirio... Observo sagaz
que en su corazon llagado
está el germen del fatal
accidente que la acosa.
Nace esa fiebre nerviosa
de alguna afeccion moral.
Una idea la persigue,
que causa de su mal es.
Hasta ahora, señor marques,
nada la ciencia consigue.

MARQUES. Pues yo os suplico, doctor,
que de pasar á mi estancia
para asunto de importancia
me concedais el honor.
Nada se os debe ocultar,
si de ello pende la vida
de una persona querida
á quien queremos salvar.
Si despues la Providencia
que sucumba ha decidido,
al ménos yo habré cumplido
con un cargo de conciencia.

DOCTOR. Teneis razon, y al instante
podemos, señor, pasar
á vuestra estancia, á tratar
de asunto tan importante.
Vos, Correa, cuidareis.
Mi señora la condesa
del cansancio ha sido presa
y duerme. ¿Lo oís?

CORREA. Podeis
estar tranquilo.

DOCTOR. Cuidad
si la enferma se despierta.

MARQUES. ¡Tambien duerme!

(*El doctor contesta con un signo afirmativo de cabe za.*)

DOCTOR. (*A Correa.*) Estad alerta,
y si algo ocurre avisad.
¿Lo entendísteis?

CORREA. Sí, señor.

DOCTOR. Mirad que en vos confiamos.

CORREA. Muy bien.

DOCTOR. Señor marques ¿vamos?
MARQUES. Vamos al punto, doctor. (*Váse por la derecha.*)

## ESCENA IV.

CORREA, *acercándose cuidadoso á la puerta de la izquierda y escuchando un momento.*

Nada se oye. Sí, las dos
descansan. Gracias al cielo.
Una tregua al desconsuelo
quiere concederles Dios.
Si en ambas con rudo empeño
hoy el hado se cebó,
ya que en la vigilia nó,
hallen la paz en el sueño.
Quizá la suerte contraria
encienda en breve fatal,
en vez de antorcha nupcial
una antorcha funeraria.
Mas ¿quién de la Providencia
osa altivo murmurar?
Al mortal toca humillar
la frente ante su sentencia.

## ESCENA V.

CORREA *y* FERNANDO.

FERNANDO. Yo la he de ver.
(*Saliendo precipitado y como fuera de sí.*)
CORREA. Señorito
¿adonde vais?
FERNANDO. Quiero verla.
¿Lo entiendes? Sí, sí; al instante.
CORREA. Pero es imposible. (*Intentando detenerle.*)
FERNANDO. Elena...
CORREA. Por piedad, no interrumpais
su sueño. Nadie penetra
en esa estancia, á escepcion
del doctor. Así lo ordena
con todo encarecimiento

mi señora la condesa.
Ahora descansan: el cielo
les concede...

FERNANDO. No, no. Elena
me llama. Sí; yo la he visto
circundada de una densa
nube, y hendiendo los aires
hácia la morada excelsa.
Yo he de verla...

ORREA. Señorito,
por compasion...

FERNANDO. Está muerta.

CORREA. Volved en vos: yo os lo juro;
vive, sí, vive.

FERNANDO. En la tierra
no hay poder que me lo impida:
yo entraré.

CORREA. ¿Quereis perderla
para siempre?

FERNANDO. ¡Yo..!

CORREA. ¿Quereis
matarla?

FERNANDO ¿Qué osa tu lengua
pronunciar? ¡Yo, yo matarla!
Yo, que la adoro; que diera
por una sonrisa suya
mil veces, sí, mi existencia...
¡Yo... Dios mio... ¿Donde estoy?
¡Ah! siento arder mi cabeza. (*Tranquilizándose.*
Entonces de algun ensueño
horroroso he sido presa...
Dime, ¿vive, vive?

CORREA. Sí;
lo juro otra vez. Pudieran
vuestras voces...

FERNANDO. Es verdad.
Mira, ya callo. Está ahí cerca:
(*Bajando mucho la voz.*)
mi Elena... mi Elena hermosa...
Concede al menos que sienta (*A Correa.*)
su respiracion; que aspire
el aire que aspira ella.

Quiero contar los frecuentes
latidos de sus arterias...
(*Correa quiere interrumpirle.*)
Déjame: ¿ves? No hago ruido:
que la despierte no temas.

CORREA. Por Dios, por Dios, señorito...
mirad que si ahora os oyera...
(¿Que haré? No puedo dejarle
solo aquí. Mi mala estrella
lo trajo en este momento.
Si aquí el doctor estuviera...)
Venid: descansar podeis
en este sillon...

FERNANDO. No; deja,
amigo mio, que aquí
algun tiempo permanezca.

CORREA. (Válganos Dios.)

FERNANDO. Oigo ruido.

CORREA. ¿Lo veis?

FERNANDO. Alguno se acerca.

CORREA. Si lo he dicho... Virgen santa...

FERNANDO. Calla.

CORREA. La habeis hecho buena.
Saldrá la señora y... Pues,
pegará conmigo.

FERNANDO. (*Mirando adentro.*) ¡Es ella!!!

CORREA. ¡Que decis!

FERNANDO. Mírala, sí.

CORREA. ¡Ah... la señorita Elena!

(*Retroceden de la puerta Fernando y Correa y se presenta en el dintel Elena estremadamente abatida, con el pelo suelto; viste de blanco.*

FERNANDO. Si... (*Mirándola extasiado.*)

CORREA. Tened piedad, Dios mio.
Estoy muerto.

FERNANDO. Ven, Correa;
en nombre del cielo, ven;
colócate en esa puerta, (*La de la derecha.*)
y por muy pocos momentos
déjanos solos. Elena
quiere hablarme. Aquí la envia
sin duda la Providencia.

Acaso de esta entrevista
su ansiada salud depende.

CORREA. Pero si yo...

FERNANDO. Pronto, pronto.
¿No la ves? Ella me espera;
quiere hablarme y no se atreve;
la intimida tu presencia.
Te lo ruego por su vida.

CORREA. Mas, si sale...

FERNANDO. No, Correa:
nadie vendrá. El mismo cielo
aquí me ha guiado.

CORREA. Es fuerza
obedecer. Yo no sé
lo que me pasa. Quisiera
acertar...

FERNANDO. Pues si eso quieres
de esa puerta no te muevas.

CORREA. Os obedezco.

FERNANDO. Sí, sí,
pronto.

CORREA. Que Dios nos proteja.

(*Fernando lleva á Correa hasta la puerta de la derecha, y al volver permanece unos instantes contemplando á Elena.*)

## ESCENA VI.

FERNANDO *y* ELENA.

FERNANDO. Elena...

ELENA. Sí, su voz ha resonado
en mi oido. ¿No es cierto?
Su dulcísima voz la que ha llegado
súbito á herir las fibras
de mi angustiado corazon. No acierto
á dar un paso mas. El pie vacila;
el aire me sofoca,
y cuanto al rededor mi mano toca
huye al contacto y sin cesar oscila.
Ya no le oigo.—Fernando... (*Reparando en él.*)
Eres tú; sí, eres tú. ¿Por qué no llegas?
¿No oyes, ingrato, que te estoy llamando?

¿Por qué te estás gozando
en mi martirio? Dí... mas no desplegas
tus desdeñosos brazos,
ni, cual ántes, mi bien, hacer solias
en mas dichosos dias,
prodigas á tu Elena los abrazos.

FERNANDO. (¡Oh delirio crüel!)

ELENA. Fernando mio,
ven, acércate á mí. ¡Cuanto has tardado!
Ven, préstame tu apoyo: en tí confio...

(*Fernando se acerca á Elena y esta se apoya en él.*)

Así... Ya puedo andar. Cómo, ¿enojado
con tu Elena estarás? Sí...

FERNANDO. Elena mía...

ELENA. Sentémonos allí. Yo necesito
respirar hasta el dia
las frescas auras de la noche, y quiero
oir tu dulce voz.—Háblame.—Luego
al jardin bajaremos á sentarnos
en nuestro cenador.

FERNANDO. (Despide fuego
su mano.)

(*Elena, conducida por Fernando, se sienta en la silla que hay frente al balcon. Fernando se arrodilla á sus pies.*)

ELENA. De jazmines y de rosas
cubierto está. ¡Qué hermosas!
Allí los pajarillos inocentes
cantarán nuestro amor. Ellos han oido
las protestas fervientes,
que tantas veces hemos repetido
de constancia y de fé.

FERNANDO. (¡Cielos!) Elena,
tú me amas. ¿Es verdad?

ELENA. ¿Y tú lo dudas,
Fernando mio? Dí ¿qué aguda pena
anubla tu semblante?
¿No sabes que te adoro? ¿No te he dicho
que solo con mi muerte acabaría
mi adoracion—y aun esto no es bastante—
que, en mi pasion constante,
á la etérea morada pasaria
con mi alma? ¿Quieres mas?

FERNANDO. Hechizo mio...

ELENA. Deja ese aire sombrío
y gocemos del aire y la frescura,
de la dulce hermosura
de esta noche de amor. ¿Ves las estrellas
tachonando la bóveda azulada?
¿Ves, Fernando, qué bellas?
¿Ves la luna argentada
deslizarse medrosa sobre el monte,
que allá abajo limita el horizonte,
reflejando en la fuente,
que duerme á nuestros pies tan transparente?
¡Cuál se dilata el alma!
Ningun rumor, saliendo de la tierra,
viene á turbar la venturosa calma
que disfrutamos. ¡Cuanto amor encierra
en su manto la noche! Sí, Fernando:
dame agua de esa fuente, que mi boca,
mira... Se está abrasando.
(*Acercando á sus labios la mano de Fernando.*)
¿No te ha quemado? Quema cuanto toca.
Y luego estos latidos,
que siento al corazon tan repetidos...
¿Qué será, qué será? Dime.

FERNANDO. (Dios mio,
tened de ella piedad.)

ELENA. Mira, me rio
de ver que estás tan serio.

FERNANDO. No, Elena; no lo estoy.

ELENA. Sí, tú me ocultas
algun grave misterio.
¿No quieren que te adore?

FERNANDO. Elena mia...
Bien sé que nuestro amor no se avasalla,
que es superior á todo...

ELENA. Calla, calla.
¿No escuchas esa dulce melodía?
Es nuestro ruiseñor tan cariñoso:
nuestras voces ha oido,
y tierno y armonioso
nos saluda leal desde su nido.
Oye, Fernando amado.

Mas no es un ave, no. Es mi alma ahora,
que al partir de este mundo malhadado,
en la postrera hora
canta su despedida de este suelo
en plegaria sonora,
hácia el empíreo al emprender el vuelo.

FERNANDO. Elena por piedad...

ELENA. Calla, Fernando.
¡Qué bien canta..! Cesó... Pero tú al cielo
conmigo subirás. ¿No me has jurado
que sin tu pobre Elena
vivir no te es posible?
Pues bien, ya que en la tierra no ha logrado
ventura nuestro amor, la paz serena
alcanzará allá arriba.

FERNANDO. (Hado terrible.)

ELENA. Fernando... Ven... mas cerca; no te veo.

FERNANDO. Elena, Elena mia...

ELENA. Sí, soy tuya,
y lo seré por siempre... Mas ¡qué digo!
(*Recobrando su razon.*)
¿Donde estoy? ¡Desdichada! (*Se levanta.*)
Mi delirio maldigo...
Por piedad... por piedad... no he dicho nada.

FERNANDO. Elena, ídolo mio; yo reclamo
tu compasion.

ELENA. Huid; no, no es posible...
Huid. No me creais... No, yo no os amo...
Obedezco á un mandato irresistible...
No, no; á mi corazon. (*Sosteniéndose en el sillon.*)

FERNANDO. Elena... Elena...
tú me amas.

ELENA. No; apartad.—Fiera congoja
me oprime el corazon. Hórrida pena
me sofoca...

FERNANDO. Mi bien...

ELENA. (*Huyendo hácia su cuarto.*) ¡Oh! madre mia...
Dejadme, yo lo quiero.
Madre... Venid... Socorro... Yo me muero.

## ESCENA VII.

FERNANDO. ELENA, CAROLINA, *saliendo precipitada por la izquierda y* CORREA *por la derecha.*

CAROLINA. ¡Elena! Maldicion. Hija... hija mia...
Desdichado, ¡qué has hecho! (*A Fernando.*)
(*Sosteniendo á Elena que se ha apoyado en la puerta.*)
Tú mas y mas el dardo emponzoñado
has sumergido en su doliente pecho.
CORREA. (¿Por qué cedí?)
FERNANDO. Señora...
CAROLINA. Pronto, pronto,
llevémosla, Correa. (*Este va á sostener á Elena.*)
FERNANDO. Señora, compasion.
CAROLINA. ¿La has tú tenido
de la infeliz acaso?
FERNANDO. Yo la vea
un instante no mas.
CAROLINA. Tú la asesinas.
Huye, aléjate.
FERNANDO. ¡Oh Dios!
CAROLINA. (Fatal descuido.)
Tú el anatema sobre mí fulminas.
Vamos, vamos. (*A Correa.*)
FERNANDO. Elena... (*Avanzando hácia ella.*)
CAROLINA. Yo os prohivo
que deis ni un paso mas. Dios os perdone
el daño que causais.
CORREA. Vamos, señora.
(*Carolina y Correa se llevan á Elena desmayada.*)
FERNANDO. Maldicion sobre mí. ¡Y estoy yo vivo!
Yo, yo... que asesinarla...
Pronto eclipsóse mi fatal estrella.
Miserable... Pues no puedo salvarla,
si ella sucumbe moriré con ella.
(*Váse fuera de sí por la derecha.*)

## ESCENA VIII.

EL CONDE, *el* MARQUES *y el* DOCTOR *por la derecha, un momento despues de marchar* FERNANDO.

DOCTOR. Mucho siento, señor conde,
no poder daros mas gratas
nuevas respecto á la enferma:
su mal por puntos se agrava.
Hay en ella algun recuerdo
que sin cesar la acompaña:
hay alguna pesadumbre
interior, que entre sus lágrimas
la devora.

MARQUES. Yo queria
interrogar, y á mi estancia
al doctor he suplicado
me acompañase.

CONDE. Con ansia
de cerciorarme, venia
yo tambien, y cuando entrábais
os he interrumpido. Siento
si importuno...

MARQUES. Conde, nada
sientas. Ya oyes al doctor...

DOCTOR. Repito que, por desgracia,
el estado de la enferma
es grave. Una cosa falta
preguntaros. Yo sospecho
que una pasion contrariada
del repentino accidente
ha llegado á ser la causa.
Como hombre no me interesan
los secretos de una casa;
pero me interesan mucho
como médico. En las varias
ocasiones, que ha lanzado
un nombre, yo la pulsaba,
y el movimiento del pulso,
al pronunciar la palabra,
he notado contraerse
en demasía. Se aman,

y algun obstáculo sea
tal vez...

MARQUES. (*Interrumpiéndole.*) Nada se os escapa.
Todo adivinais, doctor,
en vuestra esperiencia larga
con los ojos de la ciencia.

CONDE. Pero decidnos... ¿se halla
en estado peligroso?

DOCTOR. ¡Ah! sí. Para una alterada
organizacion, cual es
la suya... La ciencia humana
específicos no encuentra
que puedan borrar del alma
recuerdos, pesares, dudas;
esas pasiones que matan.
Si el paciente no las vence,
si á dominarlas no basta,
tan solamente la mano
de la Providencia aparta
del lecho del moribundo
á la muerte que lo amaga.
Por mi parte, señor conde,
he llegado adonde alcanza
mi talento limitado.
La naturaleza tarda
en responder al esfuerzo
de la ciencia. Está amagada
nuestra enferma de otra crisis,
y entonces...

CONDE. Comprendo; acaba
de padecer. ¡Oh! Dios mio...
¡Tan limitado se halla
del hombre el entendimiento!
¿Conque tantos medios bastan
para destruir de un golpe
vuestra criatura, y falta
en su efímera existencia
uno para conservarla..!

MARQUES. Valor, valor, conde.

CONDE. ¿Y puedo,
en las dudas que me asaltan,
tenerlo? ¿Qué oposicion

á su amor pudo lanzarla
al estado en que se encuentra?
Esa súbita mudanza
de reusar á Fernando
su cariño... La obstinada
resistencia hácia el objeto
que hace poco idolatraba...

MARQUES. Hermano mio, acatemos
los juicios de Dios; Él manda,
y la frente á su sentencia
inclinar nos toca. Nada
puede el hombre, y es en vano
el oponer temeraria
una desesperacion
y estéril, cuando descarga
su justicia. Su justicia,
conde; por mas que vedada
sea su interpretacion
á la inteligencia humana.

CONDE. Sí, sí, es cierto; su justicia
siempre va en pos de una falta.

## ESCENA IX.

*Dichos y* CAROLINA *precipitada; detras* CORREA.

CAROLINA. Ah, doctor, venid, corred;
presa mi Elena se halla
de un horroroso delirio.
Sí; por instantes se agrava...
la fiebre aumenta... Por Dios,
salvadla, doctor, salvadla.

CONDE. ¡Cielos! Corramos. ¡Ah! Vedla...

(*Aparece Elena en la puerta y se detiene un momento apoyándose en el dintel,*)

CAROLINA. Detenedla, que no salga.
(¡Oh! Dios mio...)

DOCTOR. Ya no es tiempo:
no os opongais á su marcha.

CAROLINA. Imposible...

DOCTOR. (*Deteniéndola.*) Yo os lo ruego:
ved que es muy fácil matarla.

MARQUES. (Infeliz...)
CAROLINA. (*Bajo á este.*) Hermano...
MARQUES. Cúmplase
de Dios la voluntad santa.

## ESCENA X.

*Dichos y* ELENA: *luego* FERNANDO.

ELENA. ¿Donde estás, donde estás, Fernando mio?
No te veo: háblame. ¿Ni hablarme quieres?
¿Te gozas en mi pena? ¡Cuán impío
con tu Elena te muestras! Nuestra boda
ya convenida está. Voy á ser tuya.
(*Avanza lentamente y se sienta en el sillon. Carolina se acerca á ella: los demas se colocan á su rededor.—A una seña del doctor váse Correa por la derecha en busca de Fernando.*)
Tuya por siempre. ¿No es verdad que el Cielo
premia al fin nuestro amor, y nos concede,
despues de tanto afan, grato consuelo?
(*Llega Fernando; detras Correa*)
FERNANDO. Elena...
DOCTOR. No la hableis.
ELENA. (*Viendo á Fernando.*) ¡Cuánto has tardado!
¿No me ves ya vestida
para la ceremonia? Blanco velo
me cubre; ya lo ves. ¿Ves mi tocado?
¿Ves la corona virginal que ciñe
mi candorosa frente?
¡Cuánta luz! ¡Ah! me abrasa. ¡Cuánta gente!
¿Vamos al templo? No: yo te engañaba...
No era para la boda, no, Fernando...
¿Para qué te llamaba?
No lo sé. Ah, ya me acuerdo. Es que me ausento.
Estoy ya mi partida preparando.
Mas tú vendrás conmigo...
Sí; tú no olvidarás tu juramento...
Moriremos los dos: así lo exige
el honor de mi madre... ¡Madre mia!
(*La agitacion de Carolina crece por grados.*)
CAROLINA. (¡Cielos!)
ELENA. ¿Por qué te aflige?